

EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 16 Julio 1914.-Número 29.

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 698
BUENOS AIRES

EL MOTÍN
PERIÓDICO SEMANAL
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

HASTA OCTUBRE

Las Cortes se han cerrado. Dícese que se abrirán allá para Octubre.

Muy poco han hecho provechoso para el país, pero se han pronunciado, en el Congreso; como siempre, discursos elocuentísimos. Es nuestra especialidad.

La legislatura ha estado consagrada casi exclusivamente á deificar á Maura. Conservadores, liberales, jaimistas, hasta republicanos han luchado bizarramente por alcanzar el campeonato.

Los que en adelante acusen á Maura de soberbio, no tendrán razón. ¿Quién no lo fuera, viéndose ensalzado como él?

De los diputados nuevos, es decir, de los que han venido por vez primera al Congreso, poco hay que decir.

Al ser elegidos, yo creí que harían algo para acabar con las mentiras convencionales del Parlamento. No ha sido así, y lo siento: por ellos principalmente.

Y el caso es que en los mitins se portaban bien: eran todos revolucionarios y demolidores. Pero se conoce que al verse trasplantados al Congreso, *al mudar de yerbas* (direlo vulgarmente) *perdieron fuerzas*. No es la vez primera que esto ocurre.

No desesperemos, sin embargo. Tal vez allá para Octubre se desquiten. Los gitanos dicen que no quieren ver á sus hijos con buenos principios, y pudieran en el otoño hacer honor á ese aforismo gitano los diputados nuevos. Cronwell no dió tes-

timonio de lo que había de ser en los primeros tiempos de su vida parlamentaria.

Dije antes que en el Congreso se había hecho poco, y debo probarlo. Guerra había al comenzar la legislatura, y guerra hay.

Regía la ley de Jurisdicciones, y la ley de Jurisdicciones rige.

Ministros eran Ugarte, Vadillo y Sanchez Guerra, y ministros son.

Desterrados estaban por delitos de opinión millares de individuos, y desterrados continúan.

Y como derribar ó remediar todo esto fué lo que los diputados republicanos ofrecieron, y sigue todo en pie, demostrado queda que se ha hecho poco.

Ofrecieron también que se opondrían á la construcción de la escuadra, apelando á todas las obstrucciones imaginables, y hay que ser justos: el proyecto no ha sido aprobado. Verdad que no fué puesto á la orden día. Lo del crucero-escuela, que sí se puso, aprobado fué. Es decir, que ya está metida la punta en lo de la escuadra.

Lo único que ha venido á endulzar un poco lo amargo de la legislatura, ha sido el regalo de quince millones á la Azucarera. ¡Falta le hacía! Tanta como al partido republicano una compacta, valiente, y revolucionaria minoría en el Congreso. El que dos ó tres individuos de ella hayan estado constantemente en la brecha, no prueba que haya tal minoría.

Y dicho esto, pregunto al amigo Juan Lanas, principal culpable en todas estas malandanzas por su apatía unas veces, otras por su indiferencia y otras por su fetichismo:

¿Apruebas la conducta de tus representantes? ¿Sí? Pues adelante. Sigue felicitándolos y vitoreándolos y banqueteándolos y endiosándolos. Pero, eso sí; renuncia al derecho de quejarte de los males que sufres. El esclavo voluntario debe enorgullecerse cuando le azotan ó lo desprecian.

¿No estás conforme? Pues imita el ejemplo... ¿De quién? De tí mismo. El que diste hace pocos días en Madrid.

Alzate contra los que no cumplen lo que te ofrecen al solicitar tu voto, con la misma energía que lo hiciste contra los que te roban el pan; y

acaso logres que ante el temor de que lo tomes muy por lo trágico, hagan tus diputados lo que los tahoneros hicieron: apresurarse á complacerte.

Los razonados discursos en el Municipio no habían conseguido que los tahoneros dejaran de estafarte en el peso y la calidad. Te dió la humorada de echarte á la calle á traducir en actos los discursos de los concejales, y el resultado ya lo viste.

Sigue el mismo procedimiento con tus diputados y seguramente te ocurrirá lo propio.

¿No te dicen que tú eres el amo cuando te adulan para que los mandes al Congreso? Pues obra como tal, en toda ocasión y en todo momento. El pan del espíritu vale tanto como el del cuerpo, y la dignidad mucho más que lo que hemos dado en llamar disciplina.

JOSÉ NAKENS

Cada cual es como es

No necesito que nadie me lo diga. Lo reconozco espontáneamente yo.

En un hombre con el pelo blanco, mejor dicho, con muy poco pelo ya, sientan muy mal los entusiasmos demagógicos: hasta resultan ridículos en ocasiones.

Pero ¿qué voy á hacerle, si no puedo remediarlo? Siguen encantándome todos los arranques que inspira la idea de justicia, aunque no resulten legalmente correctos, aunque vulneren sagrados principios y derechos sacrosantos.

Claro que más cuenta me hubiera tenido ir lentamente modificando mi criterio barricadero, y hallarme ahora en posesión de alguna de esas sensatas ideas que dan respetabilidad, consideración y á veces dinero, expresándolas con las frases consagradas: «la libertad hermanada con el orden»; respeto á los derechos adquiridos y á los intereses creados; etc. Pero es ya tarde para rectificar.

¿Que á qué viene hablar de esto? Pues á decir que me ha escrito un señor que debe ser republicano sensato, (estilo Azcárate) ó tahonero (matiz ladrón) una carta en que, á vuelta de muchas tonterías, me pregunta:

«Si usted tuviese una industria cualquiera creada al amparo de una ley, ¿le gustaría que entraran á sa-

quear su establecimiento las hordas que usted aplaude en el último número de EL MOTIN?»

Claro que no; ni á mí ni á nadie puede gustarle que le despojen de lo que considera suyo. ¿Pero es que no debemos todos pensar alguna vez que otra en nuestra salvación eterna? Y como es ya axiomático que se alcanzan cien años de perdón cada vez que se roba á un ladrón, ¿cómo voy á extrañarme de que algún consumidor de pan caiga en la tentación de salvarse, apropiándose algo de lo mucho que en el transcurso del tiempo se le ha robado?

Además, yo no elogí á los que expropiaron sin indemnización algunos panecillos y de paso cinco ó seis jamones para no comérselos aislados. ¡Dios me libre ahora y siempre del mal pensamiento de atacar la propiedad individual! Lo que yo hice fué alegrarme de que lo hubieran hecho. ¿Delinquí por esto? No. ¿En qué ley se prohíbe que un ciudadano pueda alegrarse con lo que á otro le disguste? Precisamente estos contrastes animan y embellecen la existencia. El día que salgan los frailes de España ¡así fuese mañana!, habrá impíos que salten de gusto, yo en primer término. En cambio ellos, los frailes, estarán inconsolables. Como el día que á mí me ahorcasen bailarían ellos la *furlana* (danza papal) y los impíos sentirían mi eliminación.

Es posible que á quien me ha escrito la desagrade el que yo aplique tan crudamente el dictado de ladrón á todo tahonero, pudiendo haber alguno que no lo sea. No niego que lo haya, como tampoco él puede negarme que una golondrina no hace verano. Por esto me anticipo á responderle:

Aparte de que la experiencia me ha enseñado que no dan el peso justo ni por equivocación, tengo estos dos datos oficiales para saber que roban: el repeso de pan que á diario verifican por temporadas los tenientes de alcalde, y las discusiones que *aliquando* entablan los concejales para ver si encuentran la manera de que no roben.

Y en un país donde la verdad oficial es la única verdadera, pecaría de insensato ó necio el que se propase á negar que los tahoneros roban.

Conque quedamos en que no me gustaría que me quitasen lo mío, aunque lo hubiese adquirido robando.

En que yo no he justificado el robo de los tahoneros, aunque me alegro de que les quitaran unos panecillos.

Y en que las autoridades facultadas por la ley para intervenir en el asunto del pan, opinan exactamente lo mismo que yo y los compradores robados.

He dicho, pues, señor republicano sensato, ó tahonero pudoroso que oculta su nombre.

Salud y motines á diario.

PEY ORDEIX

Invitado insistentemente por los correligionarios, el sábado salió á dar conferencias en Carlet, Játiva, Alcira y otros puntos de la región valenciana.

AGUARDEMOS

Pedí al que lo supiere, que revelase el nombre del diputado republicano que en visperas del fusilamiento de Ferrer dijo:

«Si hiciera falta un voluntario para fusilar á Ferrer, yo me presentaría.»

Y contesta el periódico *Los Miserables* en su número del 9 de Julio:

«¿El nombre? Ahí va...»

Recogedlo, luchadores de 1909; jóvenes republicanos que aún teneis pecho para alzar vuestras banderas los domingos turbulentos, ante la fuerza pública; mozos del nacionalismo que aún os encendéis con todas las insurrecciones, y vosotros, hombres justos que nunca claudicasteis, ni tuvisteis una negación ni una burla para la Libertad ni para sus hombres, vosotros, Roberto Castrovido, José Nakens, Pablo Iglesias... *Ecce Homo*.

JUAN MOLES ORMELLA

Diputado republicano en 1909

Senador republicano por Lérida

Es tan rotunda la afirmación, que no deja espacio á la duda.

Aguardo, sin embargo, la respuesta del Sr. Moles para emitir juicio.

Sería triste para él que no pudiera desmentir la afirmación esa.

¡Bien por Castrovido!

El Sr. Luca de Tena invitó á Roberto Castrovido á discutir este punto:

«¿Qué significación tiene, qué es lo que en el mundo representa ese monumento erigido á Ferrer?» (El de Bruselas.)

Y Castrovido le ha contestado:

«Procuraré responder sobria, clara y llanamente diciendo lo que significa y representa, si no en el mundo, que fuera loca presunción saberlo, en este *microcosmos* de mi ánima.

El monumento de Ferrer significa que en Bruselas hay vida, verdadera vida local, que Bruselas es un municipio libre. Bruselas es ogaño á la humanidad lo que fué antaño Ginebra. En la Universidad de Bruselas pudo explicar Eliseo Reclus, echado

de París, de la Sorbona, por una República burocrática y militarista, y ahora han podido elevar en Bruselas un monumento á Ferrer los hombres enamorados de la justicia y de la libertad sin distinción de razas ni de nacionalidades. Porque esto es lo que ignoran ó han olvidado los que piden al jefe del Gobierno belga la destrucción de ese monumento erigido por suscripción universal á la que hemos contribuido muchos españoles. Significa, pues, lo que acertó á expresar el autor del artículo de *L'Express*, de Lieja, que, traducido, hice insertar en *El País*, sin que comprenda la extrañeza que acción en mí tan lógica cause á mi queridísimo é ilustre amigo el Sr. Luca de Tena.

El monumento de Bruselas representa el ideal, ese «cierto nada que es todo», un ideal vago y por esto poderosísimo, que compendia los anhelos del internacionalismo socialista y la sed nunca apiacada que de verdad y belleza sienten los célibes é incluseros que son el orgullo de la humanidad, la honra de nuestro linaje, los sabios y los artistas.

El monumento es un ara sin Dios ó un altar para el Dios desconocido. Significa el pensar de la masonería y del libre pensamiento. Es picota para los llamados retrógrados y es cadalso no de los hombres, sino de ideas falsas.

Significa el amor á la justicia y el odio al militarismo que no hay que confundir con los militares, con el ejército, ni con lo militar. Significa la protesta contra los Tribunales y Códigos militares y la afirmación de la unidad de fuero. Representa la execración de la pena de muerte aplicada á delincuentes políticos. El imperio ruso por tantos títulos abominable, merece señaladamente la execración universal por mantener la pena capital solo para los delitos políticos. Es lo mismo que practicó el católico Maura indultando á los reos de Cetina y negándose á aconsejar el indulto de Baró, Hoyos, Mallet, Ramón Clemente García y Francisco Ferrer Guardia. Significa la solidaridad humana, sublime concreción laica de la mentira religiosa, de la fraternidad entre los hombres, hermanos por ser hijos de un mismo Dios.

Y por representar todo eso, mucho más y cuanto quieran sus detractores el monumento de Bruselas, me siento orgulloso de que exista, no sólo como español, sino como hombre.

Siento discrepar de la manera de pensar, que respeto, del Sr. Luca de Tena; pero esa es mi opinión y dejaría de merecer su aprecio si la ocultara ó disimulase.

Claro, razonado y contundente. Como de Castrovido.

El Ferrer de la Historia

Alvaro de Albornoz publicó en *El Radical* un artículo acerca de Ferrer.

Algunos periódicos, monárquicos, copiando párrafos aislados, han pretendido demostrar que lo ataca. De que es falso, dan testimonio los siguientes párrafos escritos en estilo irónico:

LA PEDAGOGIA DE FERRER

Digámoslo con franqueza: nos repugna que nos hablen de Ferrer. Hemos convenido en que era un hombre mediocre, sin meritos para ganar la inmortalidad. Mas que de crueles, acusamos á sus verdugos de torpes, por haber hecho un mártir de las ideas de un hombre intelectualmente tan poco estimable. En esto, como en todo, se ha impuesto el criterio conservador. Ferrer era un hombre vulgar, un cualquiera, y Maura es un superhombre. Nosotros mismos, archirrevolucionarios, estamos convencidos de ello.

Hemos discutido, por ejemplo, si Ferrer era ó no pedagogo. Y cuando oímos decir á los extranjeros—que, naturalmente, no nos conocen; si nos conocieran, nos harían justicia—que Ferrer era un gran pedagogo, nos indignamos, como si no tuviéramos á D. Rufino Blanco, pon-gamos por pedagogo auténtico.

Al hablar de pedagogía, pensamos inmediatamente en la tradicional. Recordamos á Herbart, á Pestolozzi, á Froebel, que eran unos espíritus profundamente religiosos, y no concebimos una pedagogía atea. Recordamos á Juan Mace y á Horacio Mann, los grandes apóstoles de la escuela laica, hablando á los niños del alma y de Dios, y nos parece demasiado brutal eso que se llama pedagogía racionalista. Somos unos super-revolucionarios; pero por nada del mundo nos atreveríamos á poner ciertos libros en manos de nuestros chicos. Si tuviéramos que escribir para niños haríamos lo que el socialista y revolucionario Amicu: escribiríamos cosas muy bellas, pero pueriles...

Tal vez no era Ferrer un pedagogo. Acaso no tema la suficiencia pedantesca de muchos pensionados. Quizá—no podemos asegurarlo, porque no le conocíamos—le faltaba ternura; ó tal vez no era mas duro que tantos otros feroces é implacables destructores de almas, vulgo pedagogos. Nosotros nos imaginamos al pedagogo en medio de sus niños como á un jardinero en medio de su jardín, cuidando de sus flores. Necesitan sol, necesitan agua, hay que resguardarlas de la tormenta, pero ellas crecen solas. El niño

y la flor nos inspiran el mismo respeto sagrado. En cuando á los arduos problemas de la pedagogía, declaramos, aunque pudiéramos barajar algunos nombres y unas cuantas teorías, que somos unos ignorantes. Científicamente no sabemos una palabra. Y no osamos decir qué pedagogía preferimos, si la que hace anarquistas ó la que hace idiotas...

Pero Ferrer, fuera ó no fuera pedagogo, nos dio ciertamente una lección soberana. Si no enseñó á los niños cómo se debe vivir, enseñó á los hombres, no ya cómo se debe morir, sino cómo se muere. Fué una lección tan grande como la última de Sócrates. Ni la Institución Libre de Enseñanza ni el Colegio Alemán, ni ningún otro de nuestros más reputados establecimientos pedagógicos, han pasado todavía por la piedra de toque del feto de Santa Amalia. Si no en la Escuela Moderna, ante el piquete, ante las bocas de los fusiles, fué Ferrer un pedagogo de primer orden. Ese momento de ofrecer á los contemporáneos y los venideros la lección suprema y sublime de como un hombre, pedagogo ó no, se desprende de la vida, bien merece un monumento conmemorativo. Pero no ante el Palacio de Justicia, cuyas escaleras suben y bajan, atareados y sórdidos los curiales; ni en la plaza de Cataluña, centro del tráfico mercantil de la ciudad; sino en la cumbre de la montaña trágica y gloriosa que baña el mar de la civilización, el mismo mar azul que nos trajo hace dos mil trescientos años, en sus ondas luminosas y resplandecientes, la última página inmortal del sofista ateniense...

No se cansen los clericales de todas layas y caretas.

Al Ferrer anterior á 1909 hubieran podido quizás desprestigiarle y anularle. Al creado por ellos fusilándole, no hay medio de destruirlo.

Este es el que perdura y perdurará en la Historia, y todo lo que los clericales intenten sólo servirá para agrandar su figura.

No sean necios, y resígnense, Ugarte á ser tachado de Judas en esta tragedia, Cierva de Caifás y Maura de Pilatos.

Hay fatalidades que hacen á Eva pasar entre los católicos por la culpable de que la raza humana saliese del Paraíso, y á la Cava entre los españoles por causante de la entrada de los sarracenos en España.

Y vaya usted á convencer á las gentes de lo contrario.

Bien mirado, los tres conservadores nombrados deberían, en vez de execrarlo, estarle muy agradecidos á Ferrer. Por él pasarán á la posteridad como pasaron los ya mentados personajes de la tragedia de Cristo.

A los liberales

Decía un antiguo refrán: «quien sirve al común sirve á ningún». Ahora debemos decir: «quien habla al común habla á ningún» sobre todo hablando á liberales.

En España hay una mina llamada presupuesto de culto y clero, otra llamada fundaciones pías, otra de beneficencia é instrucción religiosas, cuyos capitales nadie puede saber y cuyos intereses nadie puede calcular. Estas minas son de tesoros escondidos por las generaciones pasadas, y puestos a flor de tierra. Basta llegar, echar mano y sacar moneda acuñada.

Hay otras minas, llamadas de la Fe, de la Piedad y de la Superstición, en cuya industrialización, los artistas á lo madame Humbert presentan herméticamente cerrada la caja de la Eternidad que no han de ver abierta ojos vivientes, y que asegura á los accionistas el mil por uno del dinero que entreguen á mercaderes de la casa de Dios. Para extraer de esta mina la moneda acuñada, el trabajo es relativamente sencillo; charlar y santiguarse. Con cuatro frases ó cuatro bendiciones el industrial convierte en un duro de moneda corriente una hostia de las que compra á peseta el miliar. Dicho sea esto dejando á salvo la buena fe.

Tales son los hechos.

Y al lado de estos, hay otros hechos como la miseria y holgazanería del pueblo español, que no puede trabajar, porque no come; y no puede comer, porque no trabaja; y no trabaja ni come, porque no piensa ni discurre, y al apretarle el hambre, hace lo que todo holgazán miserable: mendigar; el cual oficio consiste en no tener vergüenza de ser villano y en poner á prueba la honestidad y bondad del vecino.

Con lo cual tenemos en España este deliciosísimo cuadro: el hambriento que pide en nombre de Dios para poder seguir siendo holgazán y miserable: el devoto que da al pobre á condición de que Dios le garantice el pago usurario del mil por uno.

Y esto es así. Mientras haya un oficio de holgazán que produzca una peseta, y un miserable desvergonzado con hambre, habrá clero é Iglesia, y habrá industriales que defiendan y prediquen el negocio, bobos que lo crean, y todo lo demás que forma eso que llamamos Iglesia, clero, clericalismo, etc, etc.

Y habrá en España una legión de cien mil hombres cuando menos y de doscientas mil mujeres, indus-

triales de la religión, que aseguran el cielo invisible, espiritual, impalpable é ininteligible, á los que les den la tierra con sus frutos en sazón, rebaños con sus ovejas y éstas con la lana y la leche consiguientes, y que se obligarán á pedir á Dios el descanso eterno de vuestras almas, á condición de que acá reviente el pueblo para asegurarles á ellos el descanso efímero de sus cuerpos.

Y con ello subsistirá esta sangría de la riqueza nacional que mantiene rollizos y frescos los ángeles del cielo y gordinflones y hartos los demonios del infierno; que viste de joyas y sedas los santos y levanta templos á los muertos, dejando sin hogar y sin camisa á los vivos y poblando á España de críos escrufulosos, raquíuticos, contrahechos, deformes, idiotas, degenerados, ruines de cuerpo y villanos de espíritu, inútiles para trabajar como no sea el trabajo de esclavo, incapaces de pensar como no sea en el vino, en los toros y en el meneo de caderas; raza degenerada, simiesca, piojosa, de estúpida risa y de depravado instinto, sin memoria del ayer é incapaz de escarmantar; sin previsión del mañana é incapaz de prevenir; que se mueve no por la razón serena y por el esfuerzo varonil, sino por la pasión rabiosa y por la convulsión desesperada.

Pueblo que reza en latín, que no entiende; que cree, espera y ama lo que no comprende ni estudia, y detesta lo que aprende, y no confía en sí mismo, ni cree lo que se le demuestra; pueblo castrado en las facultades psíquicas; pueblo absurdo y desatinado, que vive suicidándose, que cree y blasfema lo que cree; que al amor llama cochinería y á la ciencia necedad; pueblo, en fin, que produce este tipo humano del siglo XX que parece definir al español de esta manera: «un animal con figura humana, que fuma y no come, que se ensucia y no se lava, que grita y nada dice, que pone su hacer en deshacer lo que otro hace, que tiene por gallardía la ignorancia, por virtud la majeza, por religión el perdón del pecado, por política el destrozarse unos á otros, por honor ser vapuleado del extranjero, por Dios lo que no sabe, por acto sagrado el acto supérfluo, por ley la estaca, por derecho, el hecho, pueblo sin patria en la tierra y que llama patria al cielo y al infierno, donde espera revolverse en eterna borrachera de deleite ó de dolor.

¿Es así España?

Así es: y además, para colmo de infortunio, tiene por apostolicidad la declamación de ese dolor, el grito estridente del de abajo y la procax cargada del de arriba, acompañados

por el órgano de la Iglesia, por los maitines de los frailes, por el responso de la Parroquia, por las castañuelas de la manola y por el ¡olé! del devoto torero.

Loco es el pueblo: loco el Estado; locos todos los organismos: locura todo, y todo ello un ciempiés.

Y es así, por esto: porque sí: sin más razón.

Y de todo ello es culpable el clericalismo... Ya veo á mis buenos liberales sonriendo piadosamente y exclamando:

«¡Ya pareció el maniático!...»

¡Sí: maniático. La razón es la manía para todas las manías, como la verdad es la mentira para todos los errores. En mi manía, yo digo que aquel hecho religioso-social se basta y se sobra para producir todos esos males.

De unos es hermano gemelo, de otros es padre, de otros abuelo, de todos raíz común y tronco que los sostiene.

Para los que han estudiado el problema, esto no es novedad, sino perogrullada. Para quienes no quieren estudiarlo, es inútil el intento de convencerles.

¿Los liberales españoles no creen eso?... Pues cabalmente por esto estamos así; por ellos, por los liberales precisamente. Los liberales son los que hacen el clericalismo, que tendría ahogada á España, si el clericalismo no hiciera anticlericales.

Porque entre las locuras nacionales tenemos esta: que cada cual hace lo contrario de lo que el honor le manda hacer.

¿Quién hizo clericales á Azorín, Canals, Rodríguez Marín, Francos Rodríguez, y tantos otros?—Los liberales.

¿Quién ha hecho los anticlericales más impetuosos y fogosos? Los clericales; los jesuitas y escolapios en sus colegios, y los obispos en sus catedrales.

Como la monarquía es la que hace republicanos, y los republicanos los deshacen: como la Iglesia hace protestantes, que quedan deshechos al cuarto día de estar con éstos.

Porque todo está así invertido y pervertido.

La Universidad, que hace imbéciles; el catedrático, que en la incubadora de la ciencia saca... congregantes; el fraile, que en la incubadora de la Iglesia, á fuerza de consejos y sacramentos, saca anarquistas y escépticos.

S. PEY ORDEIX

Afirmación gratuita.

Oigo decir que hay hombres que huyen de la religión para lanzarse

sin freno por la senda del mal, y me sonrío. ¡Valientes necios serían quienes tal hicieran!

Las religiones, especialmente la católica, son tolerantes hasta la exageración con los que le rinden culto; y siendo así, ¿qué necesidad tienen los inmorales de abandonarla?

Creo, por el contrario, que todo aquel que ande divorciado de la moral debe acogerse á sagrado. La religión le servirá para ocultar sus faltas, como las flores y las coronas que se echan sobre los cadáveres para cubrir la podredumbre.

Médicos ortodoxos

En Puerto Rico se ha fundado otra Congregación católica, titulada *Los Caballeros de Colón*.

La Conciencia Libre, ilustrado semanario que se publica en San Juan, pasa revista á los jóvenes que últimamente han ingresado en ella, y dice que alguno de comentaristas decía al verlos formar parte de la procesión del Corpus:

«Hacen bien: la lucha por la vida es cada vez más dura y azarosa. Esos señores, ó cuando menos algunos de ellos, necesitan auxilio para subir la empinada cuesta del buen éxito en la vida, y á veces, cuando cada quisque se examina reservadamente hay el dolor de no encontrarse con fuerzas propias para llegar á la cumbre. ¡Es tan poca generosa la humanidad con los débiles y no audaces!»

Como entre los nuevos *Caballeros* hay varios médicos jóvenes, *La Conciencia* añade:

«De rodillas, señores médicos Caballeros de Colón, y respondan con toda la sinceridad de que puedan ser capaces.

Primero:

Sus conocimientos de química fisiológica ¿les permiten creer en la transubstanciación del vino y del pan en la sangre y cuerpo de Cristo?

Segundo:

Sus conocimientos de embriología, ¿les toleran creer por un momento en la concepción de Jesús por obra del Espíritu Santo?

■ Respondan pronto, porque si resultase afirmativa la respuesta, hemos de llamar la atención de la Asociación médica para que se tome una resolución enérgica con ustedes:

¡Pues no faltaba más! ¡Un médico tragándose un pedazo de pan ácimo y creer que ese pedazo de pan es el cuerpo de un ser que murió hace veinte siglos!

A ver, señores médicos esa respuesta: que no se haga esperar.»

Me alegraría que *La Conciencia Libre*, de acudir á los individuos de

la Asociación Médica de Puerto Rico, hallara en ellos lo que seguramente no hallaría el que fuese con igual pretensión á los médicos de España.

Pasaron aquellos tiempos en que los médicos españoles decían que no encontraban á Dios con el bisturí. Los de ahora, aunque algunos sean de la misma opinión, no se atreven á emitirla.

Como los ricos aparentan ser muy religiosos, sobre todo los que se enriquecieron robando, y como los que tienen dinero son los únicos que pueden darlo, nuestras eminencias médicas se ponen al diapason corriente.

Ante el dinero, lo mismo se inclinan los sacerdotes de la religión que los de la ciencia. Por esto me reventaron siempre todos los sacerdotes.

Así se pierden las almas

Aunque me esté mal el decirlo, he frecuentado mucho las iglesias en otro tiempo; no por devoción á los santos, sino porque á lo mejor se veía en ellas cada chica que excitaba ideas tan dulcemente pecaminosas...

Consecuente con mis aficiones de entonces, entré una vez en la iglesia de San Luis, y al poco rato vi llegar una devota guapísima. ¿Lo sería en grado superlativo cuando hasta un monago que estaba encendiendo una araña se entusiasmó y dejó caer la caña sobre el *sucris* que inspeccionaba la faena? Buena, pero buena de verdad era la muchacha.

Se acercó á un confesonario, y al *páter* se le caía la baba oyendo sus pecadillos ó pecadazos; comulgó con el mayor recogimiento, recorrió todos los altares rezando no sé cuántas oraciones ante cada uno, y, la verdad, me admiraban tanto fervor y devoción tanta.

Cuando por fin se decidió á salir á la calle, la seguí, y buscando un medio de entablar conversación con ella, le pregunté si sabía quién predicaba aquella tarde.

—Ni lo sé ni me importa— me respondió con el mayor desparpajo.— *Misté*; yo vengo aquí, por que *el ama*, aunque nos mata de hambre, es muy religiosa y nos envía á confesar una vez al mes. Allí la tienes, continuó apeándose del tratamiento. Ha venido á fisgar si venía ó no á la iglesia. Por lo demás, si algo se te ocurre, en la calle de Jardines, número... pregunta por la Pura.

Quedéme atónito, mas repuesto de la sorpresa, pensé:

—¡Pobres muchachos congregantes de San Luis que aquí tienen su

cofradía! Como den con alguna *devota* de esta calaña ¡adiós pureza! ¡adiós castidad! ¡y tal vez alguna otra cosa más importante!

Así se pierden las almas y á veces parte integrantísima del cuerpo.

TOMAS PÉREZ

No hay problema ⁽¹⁾

Otra de las formas empleadas por el clericalismo para gobernar, es la de negarse á sí mismo,

Difícil resulta hallar sitio en América donde, al tratar de la influencia eclesiástica, deje de oírse esta frase: «Aquí no hay problema» Y si entre los que escuchan, surgen objeciones al concepto, no faltan palabras con que reforzarlo.—¿Los Estados católicos?—De nombre.—¿El culto?—Pura fórmula.—¿Los embajadores en el Vaticano?—Cortesías diplomáticas.—¿Las iglesias? Monumentos públicos.—¿Las congregaciones? Sociedades de enseñanza y beneficencia.—¿Los sacerdotes?—Inmigrantes de hábito—Así responden al americano sajón, el latino y hasta el europeo aclimatado aquí; agregando que las luchas clericales y anticlericales tan temibles en la vieja Europa, no tienen en estos pueblos nuevos razón de ser. Tal desconocimiento del propio medio extraña al principio y se comprende luego. Es que el mal toma aquí formas suaves latentes, tranquilizadoras. Es que aquí el invasor escoge ocultas sendas para ocupar la plaza.

Aquel clérigo adusto, intransigente, gruñón, dominante y hasta grosero que sufrieron nuestras abuelas, y cuyo tipo se conserva al otro lado del Atlántico, apenas se conoce en América. A la devota creyente se la puede, sin peligro, mandar. A la devota convencional, se la exhorta. La *sia*, con sus procedimientos medioevales, hubiera ya alarmado la conciencia pública y dictado su propio destierro. Disfrazada, le ha sido posible subsistir.

El sacerdote inmigrante se complace en mostrar una amable benevolencia y hasta cierto discreto acercamiento á toda modernización. Su táctica consiste en hacer que las gente olviden el carácter de su ministerio; habla poco de religión fuera del templo y, aun allí, su lenguaje no abusa del misticismo. Hace vida de sociedad como un laico; visita las aristocráticas casas en calidad de amigo, discurriendo, cuando se tercia, sobre arte, literatura y política, Huye de la polémica doctrinal, y si ante él se alude á la impiedad del

(1) Del libro *El clericalismo en América* que edita en Lisboa la renombrada escritora Belén Sárraga.

siglo, la disculpa con frases de afectada indulgencia, achacándola á error de criterio. Aprovecha el momento para repetir la consigna que trae el clericalismo á América: «la libertad no es incompatible con la religión» y acaba lamentando que propaguen esas «imaginarias antítesis unos cuantos demagogos *ridículos* sin méritos ni *arraigo social*».

Después de estas afirmaciones, mientras el clérigo suele emprender una larga disertación sobre el tiempo, y sus relaciones con la gota cerca de alguna rica anciana, muy próxima á hacer testamento, las personas que le escucharon piensan que con semejantes sacerdotes no corre la libertad peligro, y se afirma en sus propósitos de seguir las costumbres establecidas, para «no confundirse con la ridícula demagogia».

Claro que este criterio no es aceptado sino por una parte de la sociedad. Ello basta, no obstante, para hacer opinión entre el número inmenso de gentes que no poseen ninguna, generalizando la idea de que las luchas antirreligiosas no tienen ya en el día razón de ser. En virtud de esta conclusión los unos hacen, dejan hacer los otros, y así, librando de resistencias el camino, puede la perspicacia clerical recorrerlo sin riesgos.

Ella aprovecha estas franquicias. América está invadida de iglesias, ermitas, santuarios y monasterios. Las ciudades se muestran, á lo lejos, erizadas de torres. En los caminos, los ojos del viajero hallan los campanarios, como los postes de vía férrea de uno en otro kilómetro.

Los hábitos talarés, las capuchas monásticas, las tocas monjiles, han invadido plazas, calles y campos. Se acomodan en edificios públicos; hospitales, casas de corrección y beneficencia y en otros muchos que sostienen la propaganda católica.

La enseñanza les pertenece; donde es posible, dirigen la escuela del Estado; donde no, siempre les quedan sus establecimientos en competencia con aquella. Poseen institutos, universidades, talleres de artes y oficios y aulas nocturnas para proletarios.

Explotan, además, industrias. Fabrican telas, calzados, muebles. Tienen talleres de sombrerería y sastreía. Elaboran vinos licores y aceite.

Una gran parte de la tierra es suya. Tienen chacras, estancia, cafetales y plantaciones de caña. Siembran, recolectan y exportan. Trafican con ganado y con pieles.

La propiedad urbana les rinde incontables millones. Poseen barrios enteros en algunas ciudades; fincas y más fincas en todas partes. Compran, venden y alquilan.

Son financieros. Hacen operaciones de *bolsa*. Tienen bancos. Ejercen

cen la usura con particulares y gobiernos.

Influyen en la vida social. Casan, dan fe de nacimientos, arreglan matrimonios y hasta suelen desarreglarlos.

Intervienen en la vida política. Tienen «partido». Nombran diputados, senadores, ministros y hasta presidentes.

He aquí la insignificante acción de los clérigos en América.

¿Cuántos son?... Incontables. ¿Cuál fué la base económica de sus operaciones?... Cero. ¿Qué capital ha producido?... Millones de millones.

¡Y no hay problema!

BELÉN DE SÁRRAGA

Pregunta impertinente

El hombre fué creado para vivir eternamente; se le condenó á perecer en castigo de su desobediencia. ¿Por qué entonces mueren los animales, que no pecaron?

—Y yo ¿qué sé de eso? ¿Cree usted que tengo el tiempo para perderlo en contestar tonterías? Lo primero que debiera usted probarme es que todo aquello que se dice del Paraíso es cierto.

Y conste que no admito sino testigos presenciales, ó documento legalizado por notario. Se lo digo para que no me venga usted con biblias ni tradiciones.

Aspecto religioso

de la revolución de Méjico

Hay males necesarios en la vida de los pueblos, y Pancho Villa en Méjico es uno de ellos.

Admitiendo que el general Villa es un malvado, un bandido, un ladrón y todo lo demás que quieran llamarle, hay que convenir en que está haciendo un saludable trabajo desde el momento que trata de decatólizar á aquella república, sometida por muchos años al salvajismo católico.

Los mismos que llaman pillo y ladrón á Pancho Villa, cuando se declaró la guerra entre Huerta y los Estados Unidos le escribieron cartas, llamándolo á formar en primera fila para defender al gobierno mejicano de la invasión yanqui, y véase la carta que le contestó Villa á uno de ellos.

De ella se desprende el espíritu liberal que anima á la revolución carrancista, el que inspiró al gran librepensador Francisco I. Madero, asesinado por Huerta y el clero católico romano.

La carta dice así:

«Francisco Villa á Marcelo Caraveo.

Valiente mexicano: Me dice usted que los cuatro años de lucha civil en que hemos estado es obra entera de los Estados Unidos; ¿cómo puede usted imaginarse tan grande error? La guerra de 1910 y 1911 fué un movimiento popular que derrocó una tiranía perniciosa, y elevó á las Primeras Magistraturas de la Nación á dos hombres buenos amantes del pueblo. La guerra de 1912 y principios de 1913, fué artificioosamente provocada y sostenida por los científicos y el clero para desprestigiar y derrumbar al gobierno del pueblo, lo que no pudieron conseguir á pesar de su oro y su talento maquiavélico, que movía una prensa asquerosa, sino hasta que pervirtieron al ejército y encontraron un Judas que aprovechó la fuerza que el Presidente puso en sus manos para asesinarlo. Esta guerra de 1913 y 1914 es un movimiento popular, que va bariendo la basura del ejército y quemando la podredumbre científica y clerical. Ahora estos malvados clericales y científicos, que son los descendientes de los conservadores de en tiempo de don Benito Juárez, vuelven á traer la intervención, no europea, sino americana, creyendo que todos los mexicanos estarán engañados como usted y se unirán para repeler la invasión. Si fuéramos tan torpes en unirnos los constitucionalistas con los científicos y clericales, sólo conseguiríamos ser sacrificados para que después transaran éstos con los americanos, resultando así nosotros finalmente vencidos por los huertistas. Yo sé bien que es usted un hombre bueno, bien intencionado y patriota de veras, y le agradezco infinito sus elogios, y la invitación que me hace para que acaudille á los mexicanos en probable lucha contra los americanos. Acepto y lo admito á usted con los suyos en el seno de los nuestros; venga y se convencerá de que luchaba usted en contra de sus intereses y de su patria, y de que si hay guerra extranjera, aquí sí lucharemos para salvar el honor de nuestro querido México y que por años y años internados en la sierra, haremos al invasor todo el mal que podamos, tanto en nuestro suelo como en el suyo mismo, y verá usted cómo probamos los mexicanos que á pesar de las tres centurias de dominación y presión de los españoles y á pesar de las dictaduras de los Santanas y los Porfirio Díaz, y á pesar del veneno clerical, tenemos el alma intrépida y bien puesta y somos dignos del respeto y estimación de nuestros vecinos. Si piensa usted que al lado de los asesinos de Madero va á pelear como buen mexicano, pronto se convencerá de que los enemigos del pueblo no son capaces más que de acciones vergonzosas; pronto los verá usted correr

y pactar con el enemigo; y que as como abandonaron Veracruz sin luchar, abandonarán la misma capital de la República. Apresúrese á abrir los ojos y véngase entre nosotros, que sabemos estimar á los hombres valientes, aunque á veces se extravíen engañados y hagan mal á la patria. Pronto verá que lo recibimos con los brazos abiertos y que lo tratamos como viejo y buen amigo y nos dirá que nunca debió habernos abandonado.

—Constitución y Reformas.

Torreón Coah., Mayo 4 de 1914.—Salúdolo respetuosamente.

El general en jefe,

FRANCISCO VILLA

La Conciencia Libre.

No lo entiendo

¿Por qué no figuran en el Santoral todos los papas?

Parecía natural que por el puesto que ocuparon, representar á quien representaban y haber sido unos santos varones, al decir de los católicos, formaran todos parte de los bienaventurados y los elegidos. Y no es así.

El argumento es terrible para los que sostienen que el Espíritu Santo inspira á los cardenales en la elección de los papas, el Hijo se pone al habla con ellos y el Padre les ayuda con luces divinas.

Pelagos y bereberes

Entre las muchas cosas que deslumbran y vuelven tuertos á los aficionados á los toros, lo que más de esta fiesta inhumana les cautiva y les roba el corazón es, al decir de algunos de ellos, la prestancia, el trapío, la marcialidad, la belleza física de los lidiadores. Tienen éstos más rendidos adoradores, enamorados más finos que las beldades mujileres. ¿Qué vale, pongo por caso, el corazón de Priamo ó el de Leandro al lado del de un limpiabotas belmontista? Ni los santos, ni la Virgen Purísima, ni el Verbo encarnado, ni Dios Padre cuentan en este país archicatólico con devotos tan fervorosos, con partidarios tan adictos, como los toreros. Las efigies de esos héroes circulan por ahí de mano en mano. Los fanáticos del arte de Cúchares las contemplan, les rezan oraciones, las besan, las pegan en las paredes de su casa, las cuelgan de la cabecera del tálamo con yugal. «San Juan Belmonte, patrón de Triana, ora pro nobis», murmuran las viejas en Sevilla. Los capuletos de Joselito tienen á honra el llevarlo sobre los hombros, el tirar del coche en que su ídolo pasea, el servirle de alfombra para los pies. Ese

amor es desordenado, es pecador. Nosotros no dudamos de que la mayor parte de esos brutos le harían con gusto á su dios, si á éste le fuera grato, el sacrificio de la relativa virginidad de su sucio y mal oliente «podex».

Como hemos dicho ya, una de las causas de ese fanatismo es la apostura y el garbo y el brío galán y la buena planta de los matadores. Para esa tropa de gallinas, para esa patulea de eunucos y de mujerzuelas histéricas que constituyen la masa del pueblo español, el ideal de la hermosura masculina se encarna en el torero. Como la mayor parte de nuestros compatriotas son unos zoquetes, como la mayor parte son unos burros, hijos de burro y de burra y nietos de ídem, no pueden ver grandeza humana en un Confucio, en un Zoroastro, en un Moisés, en un Licurgo, en un Rómulo, en un Mahoma. Estos nombres no dicen nada á nuestras inteligencias embrionarias, incipientes. Esos hombres no nos resultan dignos de admiración, no nos parecen hermosos. A nosotros que nos dejen al Niño, que nos dejen á ese gitano supersticioso de Rafael, que nos dejen á Juanito, que nos dejen á Vicentín. Cualquiera de ellos vale tanto como Gladstone, como Cavour, como Bismarck y como Gambetta juntos. ¡Oh, la sonrisa y el ángel de Joselito, el misterio del excelso calvo, la tristeza trágica de la cara de Belmonte y la simpática y honrada fealdad de Pastor!

Pero ahora nos toca hablar á nosotros. Nos ha llegado la vez, el turno. Lo deseábamos. Lo deseábamos para demostrar que la belleza física de los toreros es una guarrería, y que la cara de esos mamarrachos, de esos semihombres, se parece mucho más á la de los cercopitecos, á la del troglodita ó á la del panú, que á la del hombre civilizado. Veámoslo:

En dos clases dividimos nosotros á los hombres desde el punto de vista de su morfología exterior, á saber: en pelargos y bereberes, en helénicos y zulús, en caucásicos y africanos, en civilizados y salvajes. Téngase en cuenta que no damos ninguna importancia á los nombres, que lo que nos interesa son las cosas. De manera que si el lector quiere denominar de otro modo á los miembros de nuestra división, por nosotros que no quede.

Los caracteres exteriores del rostro del salvaje todos los conocéis. Hay tres fundamentales que vienen á ser como las piedras angulares de la fealdad de la cara de esos hombres, y son la prominencia de los maxilares, el amontañamiento de los pómulos y la fuga de la frente. Los órganos del animal se desarrollan según la actividad que éste les imprime, según el ejercicio á que los

sujeta. El hombre de la caverna, el hombre de la selva, trabaja más con la boca que con el cerebro. De aquí la preponderancia en la faz de los músculos temporales, de las mandíbulas. De aquí la depresión del cráneo. Hay otros caracteres, derivados en parte de los tres citados, que acaban de dar al semblante del hombre no civilizado el sello de horrible fealdad que lo distingue. Estos caracteres son: el remangamiento y excesiva abertura de la nariz y la gran distanciación de las alas de ésta, la longitud de la boca y el espesor de los labios, la exagerada separación de los ojos y el ángulo facial oscilante entre setenta y ochenta grados. Tipos más ó menos perfectos de esta raza son los somalis, los bosquimanos, los akkas, los coptos, los mongoles, los bereberes, etc.

Enteramente distintos y aun opuestos son los caracteres de la raza caucásica, del hombre civilizado. Este no lo hace todo con los dientes como el salvaje. Su cabeza piensa, su cerebro trabaja. En consecuencia, la frente avanza y el hocico recula. Las líneas del rostro se afinan, se hacen más suaves. Los caracteres físicos del hombre civilizado, según el modelo más perfecto conocido hasta hoy, que es el griego, y según lo concibieron y trazaron los artistas helénicos, dan á la fisonomía una hermosura acabada. La frente del pelargos, como hemos dicho, se adelanta hacia la cara, la mandíbula se retira. Los pómulos se adivinan apenas. La línea de la nariz se destaca tanto del rostro que continúa la línea de la frente. Las alas de la misma nariz forman un ángulo casi recto con la cara, de manera que de frente no se ven. La boca es pequeña, de labios sutiles. Como ejemplares de esta clase podemos citar, entre otros, el Discóbolo, de Mirón; el Apolo, de Praxiteles; el Diadumeno, de Policeto; el Júpiter, de Fidias, y el Apoxiómero, de Lisipo.

Ahora bien—y vamos deprisa hacia el final, porque esto nos ha salido más largo de lo que creíamos y queríamos—: ¿á cuál de estos dos tipos humanos pertenecen los toreros? ¿Al primero? ¿Al segundo? Evidentemente á aquél. No hay más que mirar un retrato de cualquiera de ellos para ver que su rostro no está plasmado en los moldes de la belleza clásica, que el hombre que lo posee trabaja más con la dentadura que con la frente, que por tanto no ha salido aún del estado salvaje. Ahí está, por ejemplo, Vicente Pastor, que tiene la cara más perfecta de chimpancé que han visto jamás los hombres: ojos pequeños, orejas descomunales, barba comprimida, pómulos altísimos, ángulo de Camper insignificante. Ahí está el Gallo viejo con su bocaza de afronegro y su

mandíbula mangólica. Ahí está Belmonte que, además de ser jorobado, tartamudo, patizambo y prognato y de estar enfermo de la médula y del pulmón, tiene el belfo colgante y la frente aplastada, y es la más repugnante piltrafa humana que han tenido nunca en sus manos los médicos sobre la mesa de un hospital.

Y sin embargo, y á pesar de todo eso, y sin duda por eso mismo, esos hombres que apenas han salido de la animalidad, que tan estrecho parentesco tienen con el cercopiteco y con el troglodita, son admirados y festejados y celebrados en verso y en prosa por su arrogancia, por su brío, por su virilidad, por su guapeza. ¿Hay nada más extraño, más absurdo? Por fuerza el pueblo que se extasia ante las caras de mono y de salvaje de los toreros, tiene que ser un pueblo de monos y de salvajes.

ANGEL SAMBLANCAT

En Barcelona ha sido sorprendida una timba formada por sacerdotes. No hay motivo para sorprenderse. El cura español siempre tiró al monte.

Consulta médica.

—Doctor, me mata la melancolía, y he agotado ya todos los medios para combatirla.

¿Todos?

—Sí.

—¿Ha ido usted á ver á ese clown tan gracioso que ahora trabaja en el circo.

—No.

—Pues vaya usted.

—No me es posible.

—¿Por qué?

—Porque ese clown... soy yo.

Mi paso por la Cárcel

(2.^a edición)

Precio: DOS pesetas.

Jos Nakens

ALMANAQUE
cómico DEL CARLISMO
para 1914

con sesenta caricaturas

Precio: 1 peseta.

Poesías festivas
anticlericales

PRECIO: UNA PESETA

VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanás)

por José Nakens

Segunda edición.—318 páginas.

Precio: 2 pesetas.

EL MOTÍN



¡Y pensar, P. Cirilo, que todo eso tan hermoso, no es más que cieno y podredumbre, según los Santos Padres!
—Lo dirían por las de su tiempo, P. Ambrosio. Si llegan á ver las mujeres de ahora, el Señor me perdone, sino dicen todo lo contrario.

Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas

Suma anterior	7281'55
Ricardo Pérez (Valladolid).	1'00
Manuel Tamarit (Osuna).	1'25
Félix Sandoval (Ventas de Villalar)	1'00
Pedro Lilio Balart, 1'00.--Juan Custé, 1'00.--Francisco Font, 1'00.--Raimundo Rufiandes, 1'00.--Antonio Solé, 1'00.--Juan Casas, 1'00.--José Coma, 1'00.--Antonio Solanas, 1'00.--Joaquín Armisen, 1'00.--Juan Camell, 0'50.--A. B. 0'50.--Magín Prunera, 0'50.--Armisto, 0'50.--José Font, 0'50.--Cárlas Barraceta, 0'30.--José Bonet, 0'25.--Antonio Resena, 3'50.--Angel Mira, C'25. (Todos de Gracia, Barcelona)	15'80
Francisco Alvarez Perea, (Mérida).	1'00
Cristóbal Márquez (Algeciras)	1'00
Suma y sigue	7302'60

Porvenir brillante

Ven acá, neo farsante, sepulcro blanqueado, místico por fuera y volteriano por dentro, sin más Dios ni ley que tu interés, pasiones y caprichos; ven acá y dime:

- ¿Eres católico?
- Sí, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica.
- ¿Tu Iglesia tiene dogma?
- Sí, señor, varios; sin la creencia en los cuales no es posible la salvación.
- ¿Varían esos dogmas según cada nación ó provincia?
- No, señor, son los mismos para todo el Universo.
- No digas majaderías: querrás decir para toda la tierra, y aun eso con inmensas excepciones, pues los católicos están en minoría en nuestro planeta. En los demás, si están habitados, no rigen las chinchorreas del Vaticano, puedes estar seguro...
- Se la preguntaré á mi confesor.
- Qué está tan enterado como tú.
- Pero, bueno, contesta: ¿cuántas clases de moral hay en tu Iglesia?
- Una sola.
- ¿Estás seguro?
- Segurísimo.
- ¿Pues cómo explicas tú que sea antidogmático en Madrid lo que no lo es en Barcelona, ó que sea inmoral en Barcelona lo que no lo es en Madrid?...
- Es que... á veces... sabe usted...

las circunstancias... los intereses sagrados... el escándalo... Pues, *velay*. —Anda, fariseo, hipócrita, márchate de aquí... No sabes por dónde salir.

Diálogos como ese se pueden iniciar y sostener todos los días, y de ello somos testigos de la mayor excepción los que ejercemos la crítica religiosa, mejor dicho, clerical.

Yo sostuve en un diario de Barcelona que la devoción archijesuita del Corazón de Jesús, anulaba y de un modo indirecto suprimía la creencia en la Eucaristía, y que parecía ilógico adorar una viscera de Jesús, teniéndole todo entero en el Sacramento. Esto sentó mal, es claro, á los jesuitantes corazoneros de Barcelona, pero como era verdad se lo tragaron; pero en Madrid no lo creyeron así, y el fiscal del Supremo, que años ha, *anticleriqueaba*, según me han dicho, excitó el celo del fiscal de Barcelona, y éste ha visto lo que no verá nadie en mi artículo: un escarnio al dogma. ¿A qué dogma? Al de la Eucaristía no, pues allí se trata este tema con todo respeto. ¿O es que el fiscal del Supremo ha declarado dogma al Sagrado Corazón? Pues no lo es, ni lo ha sido nunca, y eso lo saben hasta los monaguillos, como no lo son los milagros de San Antonio, los de la Virgen de Lourdes, ni las llagas de San Francisco.

Consecuencia: que la religión católica es un Proteo que varía de dogmas y moral, según el caletre de los fiscales, y que se da el caso de que recorra un artículo impunemente toda España, y luego da un tropezón en el Juzgado de Porcuna, y allí surge un ataque al dogma ó la moral eclesiástica.

No habrá más remedio que escribir un pequeño tratado para uso de Jueces y Magistrados (y nadie como el P. Perrándiz para ello) donde se explique lo que es dogma, escarnio al mismo, y cuál es la moral de la Iglesia, y cuándo se vulnera ésta, porque así se evitarían muchas denuncias y causas inútiles, gastos y molestias á todos, y sobre todo no se pondrían en ridículo los tribunales entendiéndolos en materias teológicas de las que no saben una palabra.

Porque la asignatura de derecho canónico y disciplina eclesiástica que estudia un letrado no le capacita para meterse en honduras de calificaciones dogmáticas.

EL MOTIN ha sido varias veces víctima de la ignorancia de los magistrados en cuestiones religiosas. Urge, pues, la confección de este librito, ó si no, que se obligue á los jueces á doctorarse en teología para que así sepan lo que tienen entre manos.

Buen porvenir el de España, funcionando siempre sus tribunales civiles en busca y captura de reos en

materia teológica, fabricando absurdos atentados contra los dogmas católicos, que al fin son una creencia que todo el mundo puede admitir ó rechazar si le da la gana. En el siglo xx todavía delinque el pensamiento en el solar hispano, y las cárceles se llenan de *criminales* que han cometido el horrendo delito de dudar acerca del purgatorio ú otra cosa por el estilo.

Realmente dan ganas, parodiando á Schopenhauer, de avergonzarse de haber nacido español.

FRAY GERUNDIO

Dudas

¿Percieron, es decir, se ahogaron los peces cuando el diluvio universal?

—Supongo que no. Estando en su elemento, hubieran sido muy estúpidos. Mejor creería que les fué muy bien alimentándose con los millones de millones de hombres y animales muertos que flotarían sobre las aguas. De lo cual deduzco que en los diluvios conviene ser pez, única clase de bichos á que no alcanza responsabilidad alguna por las barbaridades que cometa el género humano.

Los curas en camisa

Materialmente, un cura en camisa debe ser la más simpática figura que idealizar puede un poeta de bohardilla en cuaresma perpetua:

Con la sotana quitada,
con el calzón remangado
y la cara apanochada,
debe estar más resalado
que una vieja embarazada.

Y cuidado que estos versos son originales de un venerabilísimo presbítero, amigo de ellos, y que, como para todos, era el verbo embarazar preocupación constante.

Moralmente, un cura en camisa resulta modelo perfectísimo de estudio, que no podemos resistir la tentación de exhibirlo al pueblo.

El cura nace como todos los mortales. Su educación primera la pasa en las pedreas, destrozando las flores y mortificando á los animales, con los que generalmente traba íntima amistad.

A duras penas aprende á leer con los ojos de la cara, que jamás con la inteligencia, y á mal escribir (como prueba, véanse la letra, ortografía y sentido común con que están escritas y relectadas las partidas que se expiden en las iglesias), y con instrucción tan vasta monta en el burro (generalmente los de su clase prefieren la burra) y se encamina al seminario, en donde después de inscripto, se presenta al examen en el

Palacio del obispo, ó sea del general de división, hablando en términos caruncas.

Ante un tribunal compuesto de catedráticos, dignos todos de los examinandos, se presenta la perfecta criatura que procuramos delinear. Comienza el examen:

Presidente.—¿Sabe usted leer?

Examinando.—¡Sí, señor! (Esto dicho con sonsonete.)

Presidente.—¿Y escribir?

Examinando.—También.

Presidente.—Bueno; pues copie usted... *cualquiera* cosa de la que haya por ahí.

Le dan un Catecismo abierto por las Bienaventuranzas, y el chico, después de escribir procurando imitar á un pintor amigo mío que tardaba media hora para perfilar un ojo, presenta al Tribunal la siguiente copia:

«*Vien aventurados los que yoran por aquellos serán consotados*», etc.

El carácter de letra corre pareja con la prosodia y la ortografía.

Los catedráticos pasan el escrito de mano en mano, y tras signos manifiestos de aprobación, dan por terminado el examen.

Excusamos decir que, como el muchacho conoce tan perfectamente como los miembros del tribunal la gramática curantil, resulta aprobado y con plaza en el Seminario, en donde encuentra otros camaradas tan sabios como él.

La educación es perfectísima: comienzan por colocarle unos hábitos que no le vienen á su cuerpo, con supresión de camisa, calzarle con zapatos de munición y encasquetarle una canoa que sirve de canalón en días de lluvia.

Aprende latín, teología y moral con tal perfección, que al llegar á examen de grado, ó sea término de carrera, lo verifica del siguiente modo:

Catedrático.—Traduzca usted al castellano la antiphona *Sub tuum praesidium confugimus sancta Dei Genitrix*, etc.

Aprendiz.—(Con la mayor unción espeta la siguiente traducción:) «Cuando salga de presidio huiré, con D.^a Generosa.»

Los catedráticos mueven la cabeza en señal de duda, pero reconocen en el examinando mayores facultades para latín que en ellos mismos.

Catedrático.—¿Qué es teología?

Aprendiz.—La ciencia que trata de Dios, de los hombres, de la prisión del Papa y de los de e hos divinos de don Jaime.

Tal definición estremece de júbilo al Tribunal.

Catedrático.—¿Qué es moral?

Aprendiz.—Las relaciones que existen entre los machos y las hembras, pecaminosas en los hombres y santificadas en los curas.

El Tribunal examinador aplaude

frenéticamente, aprueba al aprendiz, asiste en pleno á la primer misa que canta, y queda erigido este cetáceo en padre de almas.

Y luego, ¡la mar!

ISIDORO MARTÍN

El angel de la guarda

Yo era en la etérea mansión (nunca he sido vanidoso) el querubín más hermoso de la undécima legión.

Cantor de gusto exquisito, la clac celeste aplaudía mis derroches de armonía por el espacio infinito.

Pero... tras la paz la guerra.

Un día, forzando el vuelo, llegó á las puertas del cielo el correo de la tierra,

y al entrar por los pasillos gritó:—¡Dentro de un segundo van á nacer en el mundo diez mil seiscientos chiquillos.—

Ordenes, prisas, afanes hubo entre los serafines, y al terminar los clarines la llamada de guardianes.

dieron al olvido en breve sus cítaras de marfil, y se juntaron diez mil quinientos noventa y nueve.

—¡Uno más!—gritó el correo—¿en dónde están los demás?—

Y dió una voz:—Quizás hayan ido de paseo.

—Señor, aunque algo me pese, en demanda acudo á tí.—

Y señalándome á mí, dijo Dios:—Que vaya ese.

¡Up... up!... cual exhalación volé, y aquí estoy al lado de un infeliz amarrado al pescante de un simón.

Y con la duda batallo que ya en resolverse tarda: ¿seré el angel de la guarda del cochero, ó del caballo?

Lo cierto del caso es que, por voluntad de Dios, nos aburríamos los dos, ó mejor dicho, los tres.

Ni yo sé cómo vivir para estar entretenido, ni tiene mi protegido pasiones que combatir.

Hay en el mundo otros seres á quienes hacia el abismo arrastran el egoismo, la ambición ó las m i jeres.

Pero aquí sólo la eterna calma que convida al sueño rompe el instintivo empeño de meterse en la taberna.

—¡No entres, Toribio, á beber, que eso la vida te acorta!...

Y él dice:—¿A ti qué te importa? Y entramos, ¿cómo ha de ser?

Este es el papel que yo he venido á hacer aquí.

El siempre diciendo:—¡Sí!

Yo contestándole:—¡No!

Corta y sencilla es la historia: una fecha, un trago, un nombre. Seguro estoy de que este hombre se va derecho á la gloria.

Pero mi suplicio es tal que no deseo su muerte, porque esto lo encuentra fuerte mi inocencia angelical.

Mas ¡ay! que como una carpa pegado á un tonel de vino, cuando vuelva á mi destino no sabré tocar el arpa.

SINESIO DELGADO

La razón y la autoridad teológica

Al discutir las pretensiones respectivas de la razón y la autoridad, si desde luego se asigna á ambas sus partes legítimas en la determinación de nuestras creencias, declarando que la vida sería imposible si todas éstas debieran ser formadas por la razón sin ayuda de la autoridad, no puede admitirse que sea preciso para formarlas descartar la razón. Muéstrase ésta escogiendo la autoridad, y su supremacía se ejercita comparando los valores de las diversas autoridades que le son presentadas por la experiencia. Esto es innegable cuando estas autoridades son de individuos. Nosotros preguntamos cuántas veces han sido comprobadas sus afirmaciones respectivas. Y si hallamos que han sido generalmente confirmadas por los hechos, que la sabiduría de sus anticipaciones ha sido demostrada, mientras que los de otros han resultado falsas ó impracticables, la razón nos obliga á aceptar la autoridad de los primeros y á rechazar la de los segundos. Y ¿qué nos dice la razón observando esas autoridades que señala como opuestas el libro de Mr. Balfour?

Desde el día en que los sacerdotes de Caldea observaron por primera vez el eclipse, los conocimientos astronómicos han venido á hacerse cada vez más exactos, siendo hoy tan perfectamente conocidos, que el paso de Venus ó la ocultación de Júpiter por la Luna se verifican al minuto anunciado... Así en todo lo que se refiere á la ciencia, conducida por la cual la humanidad viene desde la canoa labrada por el fuego en el tronco de un árbol hasta los grandes vapores trasatlánticos; desde los caracteres pintados en pergamino hasta el diario que imprime 20.000 hojas por hora.

Contrasta con ella la opuesta autoridad de la Teología. Después de más de mil ochocientos años de enseñanza, ¿qué podremos pensar de la idea contenida en esta frase de un príncipe glorificado, repetida por un popular emperador, según la cual

«la sangre y el fuego son remedios que no envejecen jamás?» ¿Qué progresos pueden señalarse hacia la práctica del olvido de las injurias? ¿Qué freno hallaremos á la pasión de la revancha internacional que la grau masa considera como un deber?... ¿Cuánto nos hemos acercado á los tiempos predichos en los cuales las cuchillas serán convertidas en rejas de arado, ahora cuando los ejércitos son más numerosos que nunca? ¿Serán muestras de crecimiento de amor fraternal las empresas de las naciones cristianas en Africa, de la cual, como perros hambrientos en torno de una carroña, arrancan pedazo tras pedazo, no deteniéndose más que para gruñir y ladrarse los unos á los otros?

¿Qué de extraño tiene, pues, que la razón acepte la autoridad de la ciencia más bien que la de la teología, en vista de sus respectivas comprobaciones?

H. SPENCER

A LOS CATÓLICOS

Hermanos míos:

Con acerbo dolor veo los justificados motivos que os asisten para estar alarmados y temerosos de una próxima catástrofe, que seguramente hará época célebre en los anales de nuestra historia.

Mi pobre paternidad, hace poco tranquila y reposada en el convento, participa de esos temores y sobresaltos, y presagia un cercano movimiento popular, que dejará imperecederos recuerdos.

A mi modo da apreciar las cosas, se me antoja que la conducta de nuestros gobernantes no tiene más remedio que despertar muy en breve las encarnizadas iras de ese pueblo que, cuando se pone, degüella frailes y guillotina monárquicos, en defensa de sus pretendidos derechos hollados.

Reconozco que nuestros gobiernos son cada día más enemigos del ciudadano honrado y más benévolo con los grandes criminales; reconozco que los clérigos, amparados por ellos, hacen mangas y capirotos de las leyes; reconozco que anualmente se entrega una millonada para culto y clero; y reconozco también, como consecuencia lógica de todo esto, que un día, quizás no muy lejano, se va á armar una sarracina de frailes, beatas, beatos y monárquicos, que á Dios le va á arder el pelo.

Deseando mi pobre y humilde paternidad que todo buen cristiano que sea sacrificado por las hordas del pueblo vaya al reino de los cielos lo más puro y perfeccionado posible, voy á trazarles el plan de obligaciones que diariamente han de llenar, de acuerdo con la obrita ascéti-

ca que escribió años ha el canónigo Sánchez Rivera:

OBLIGACIONES DEL DÍA

Después de seis ó siete horas de descanso, levántate y no te dejes dominar por la pereza. Vístete con el mayor *recato*, pues te hallas en presencia de aquel Dios ante quien se encorvan los más encumbrados serafines.

Lo del mayor *recato* no lo digo yo; lo dice muy oportunamente el padre Rivera en *El Buen Cristiano*, para que se enteren los católicos *sinvergonzones*, que lo mismo se les da que se les vea las narices que otra cosa. Conque mucho ojo, y á taparse para no caer de la gracia divina.

Antes de comenzar el trabajo, después que te encuentres santiguado, no debes andar con pelillos al decir: «Dios mío, dignaos bendecir este trabajo, y aceptadle por los muchos que vos sufristeis por mí.»

¿Os habéis enterado? Pues pasesmos adelante.

Una vez concluída la anterior oración, os encararéis con María Santísima en la forma prescripta por *El Buen Cristiano*.

Advierto, tanto á cristianos como á protestantes, que si se permiten sacar, aun cuando no sea más que mentalmente, torcidas interpretaciones á cuanto dejo dicho, les va á mandar el Padre Eterno una de rayos y centellas que no van á quedar ni para tacos de escopeta. Hechas estas observaciones, prosigamos.

Los buenos cristianos puestos á la mesa y frente á la comida, no deben llenar el ojo primero que la barriga, porque se enoja Dios.

Iguales efectos produce el hecho de tirar ó vender en las traperías los cuzcurros de pan sobrantes, como igualmente arrojar á la basura la comida, ya sean lentejas, ya calabaza, ya sean rayos encendidos; pues aparte de que es una mala faena habiendo tanto fraile necesitado, es darle á Dios una cachetada sin mano despreciando lo que les da.

Si hubiese niños á la mesa, los padres deben tener especial cuidado de que no se pongan muy cargantes al pedir tocino y carne, ni que se lo engullan de un tirón.

Asimismo cuidarán de inspirarles un vehemente sentimiento religioso, y hacerles decir con el corazón alzado cuando estén hartos de manducatoria: «¡Tantos pobres tienen hambre, Señor, y á mí me alimentáis con tan buenos manjares!»

Si no obedecen, *crujío* limpio.

Ya están impuestos mis amados oyentes en las obligaciones del día. Ahora voy á tratar muy superficialmente sobre las tentaciones pecaminosas.

Aun cuando te vieres bloqueado de tentaciones, ni á tiros te turbes;

el demonio, dijo San Agustín, semejante á un can atado á una cadena, puede ladrar, pero no *apiolarte* de una tremenda caricia. Tan luego te sientas tentado, ármate, no de una toledana ni de instrumento de Eibar, sino de la señal de la cruz, ó en su defecto, si te coge en la calle, toma agua bendita que llevarás en un pucherito, y di interiormente, con la misma violencia que lleva el ferrocarril: «Os amo, Dios mío; dadme vuestra gracia para que nunca os ofenda... Antes me den *mulé* que pecar.»

Si esta invocación no surtiere los efectos apetecibles, recomiendo muy especialmente la que cita el autor de *El Buen Cristiano* para estos casos: «¡Virgen santísima, favorecedme!»

¡Cuidadito con las risitas y con las burlescas interpretaciones! Ya sabéis lo que el Padre Eterno tiene en el polvorín celestial.

Si por desgracia cayérais en la tentación y cometieráis alguna tunantería, no hay que apurarse por eso; propinaos sendos estacazos, y excelentes trompadas marineras en la *jeta*; y después que os hayáis dado una buena estiva, decid como si tuvieráis el corazón en dos cachos: «¡Y no os había dado hoy mismo palabra de nunca más pecar, oh Dios mío! ¡Y tan pronto he faltado á ella! Soy un pillo, un *charrán*, un faltón, un... cualquier cosa.»

¿Estamos, hermanos míos? Pues á llenar estas sagradas obligaciones para ir puros y sin mancha á la mansión celeste el día que tengan á bien las hordas populares quitarnos la *peleja*, sin olvidar tampoco que el camino más recto y seguro para alcanzar la gloria es dejarse degollar con la risa en los labios.

Vuestro,

FRAY TRANQUILO

LA MONJA CASADA

En Bradsberg (Noruega) vivía la señora de Nuwins, la cual se creía viuda del pundonoroso militar cuyo nombre llevaba; pero resultó que este bizarro coronel, agregado al ejército francés de Africa y á quien todo el mundo creía muerto, al cabo de diez años de ausencia se presentó en su casa de Bradsberg preguntando por su esposa.

Allí no supieron darle razón de ella; todo el mundo ignoraba lo que había sido de la señora de Nuwins, y al fin el desdichado esposo descubrió, por medio de uno de los parientes de su mujer, que había ingresado en el convento más aristocrático de la ciudad, y que precisamente aquel era el día designado para que la supuesta viuda profesara como monja, haciendo ante Dios votos inquebrantables.

Desesperado corrió el bravo militar hacia el convento, en donde no le permitieron la entrada porque á ello se oponían las reglas de la orden. En vano el señor de Nuwins alegaba las causas que allí le habían conducido; en vano protestaba de los votos de su esposa; en vano reclamaba á la adorada de su corazón: la hermana tornera cerró la puerta impasible sin escuchar las voces del noble coronel que, asido con entrambas manos al cordón de la campana, daba constantes y formidables tirones, mientras que decía con gritos estentóreos:

— ¡Mi esposa, mi esposa!

En vista de la inutilidad de sus esfuerzos se dirigió en busca del gobernador, y con éste al palacio del obispo; pero la autoridad eclesiástica se negó en absoluto á acceder á las pretensiones del enamorado esposo, diciéndole gravemente:

— Se han practicado todas las requisitorias que determina la ley para averiguar su paradero de usted; ha transcurrido el plazo que fija para estos casos el Código civil; de suerte que usted, aunque está vivo, legalmente ha muerto, y si su esposa hubiera contraído segundas nupcias, éstas serían respetadas é indestructibles; pues bien, los votos consagrados á Dios son todavía más firmes que los hechos en favor de los hombres, y por esta causa la señora de Nuwins, mejor dicho, la hermana Catalina de Cristo, que así se llama, ha roto definitivamente todos los lazos que la ligaban al mundo.

Al escuchar estas palabras cayó desmayado el bravo militar en brazos del gobernador civil de aquella provincia.

Desde entonces el amor que Nuwins sentía por su esposa transformóse en una pasión frenética, devoradora, loca; varias veces intentó asaltar el convento como un nuevo D. Juan; en otra ocasión trató de prenderle fuego; escribía á su mujer cartas más apasionadas que aquéllas que, siendo ella soltera, rindieron su pecho, y, en fin, tantas locuras hizo, que el mismo obispo de Bradsberg, para no comprometer la libertad y el honor, ya que no la existencia del digno coronel, le aconsejó que partiera para Roma á solicitar del Papa la anulación de los votos, y se comprometió á recomendar el asunto muy eficazmente al Sumo Pontífice.

Partió á Roma el señor Nuwins con el corazón palpitante de esperanzas; allí habló, brujuleó, gastó, lloró, suplicó, y al fin, con la anulación de los votos y la bendición pontificia volvió á Bradsberg; se presentó en el convento, enseñó las órdenes, esperó lleno de inquietud el momento de estrechar contra su corazón á la dulce compañera de su

alma, oyó resonar sus pasos y la emoción estuvo á punto de turbarle el entendimiento.

Al fin la abadesa dijo:

— Aquí tiene usted á la señora Nuwins.

El coronel dió un grito de horror.

— ¡Esa, esa es mi mujer!!

— Sí, yo—dijo ella abrazando á su marido con pasión.—Vienes por mí, ¿no es verdad, esposo mío?

— No... hija, no; vengo á... visitar te... Puedes... continuar...

La señora de Nuwins estaba arrugada, vieja y picada de viruelas.

¡Oh, triste veleidad del corazón humano!

Una torpeza

No seáis ingratos, presbíteros, no seáis ingratos. Si el demonio os alimenta, os viste y os calza ¿por qué tronáis incesantemente contra él?

Bueno es que de vez en cuando y para mantener el temor en las almas piadosas, le déis alguna que otra repasata. A los imbéciles que os pagan les gusta eso, y os conviene tener contentos á los imbéciles.

Mas fuera de esto, guardadle al demonio toda clase de consideraciones. ¿Qué sería de vosotros, de vuestras amas y de vuestros sobrinos sin él?

Peladillas místicas

En Cortes Arenoso (Castellón), no manaban las fuentes públicas; la escasez de lluvias había cendado á los vecinos de aquel pueblo á una sequedad espantosa.

El cura del lugar, cansado de suplicar sin provecho á los de las alturas, recordó que en la vecina aldea de San Vicente había una imagen del santo que con sólo sacarlo un ratito á tomar el viento y cantarle el *O manabum trastum meum*, bastaba para mover á compasión á los encargados de abrir las espitas de los depósitos celestiales.

Si encomendarle á Dios ni al demonio reunió á todos los vecinos, las autoridades inclusive, y en romería todos juntos se dirigieron á la vecina aldea en busca del santo bienhechor; pero, claro, se encontraron con la huéspeda, que en aquel caso eran los vecinos todos de la aldea de San Vicente, que no estaban dispuestos á que al primer antojadizo que se le ocurriera se llevara su santo patrón para mendigar para otros lo que tanta falta les hacía también á ellos.

Así las cosas, los de San Vicente salieron al encuentro de la romería de sus vecinos, advirtiéndoles que podían volverse á su pueblo por el mismo camino que venían, puesto

que no estaban dispuestos á que se llevaran el santo milagroso.

— Lo que es de Dios, es de todos—decía indignado el cura de Cortes Arenoso.

— Pues nuestro abogado San Vicente, cueste lo que cueste, se queda en donde está, así lo mande el obispo; y en tanto y mientras quede un vecino sano de una mano, no hay chinche de vosotros que se atreva á ponerle mano. Conque andando para atrás y deprisita.

Y que si quieres, que yo no quiero, que yo exijo, que yo no cedo, armóse entre ambos bandos una lucha tan encarnizada, que dejaron tamaños á los cafres de Cetania.

Todo sea por Dios y por la Virgen, etc., etc.

Amén.

PERICO BOTERO

El Consecuente.

La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas

José Nakens

"Milagros comentados"

POR

José Nakens

PRECIO DOS PESETAS

A los suscriptores directos y á los corresponsales el 25 por 100 de rebaja.

CIENCIA Y RELIGION

Por Malveit

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten y los buenos perseveren, ó SEA

RECOPILACION ESCOGIDA

DE LOS CELEBRES Y ODORIFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTIN,"

POR

José Nakens

El P. Miguel Mir

y

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Estudio histórico-crítico

de S. Pey Ordeix.

Un tomo de 206 páginas

UNA peseta.

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una peseta

Leyendo Cánones

(CONTINUACIÓN)

mar de confusiones. ¿Con quién dormían los sacerdotes y los monjes, si en sus moradas no había mujeres? ¿Y por qué les obligaban a dormir en un dormitorio común y vigilados?

El 16 «manda no se permita á ninguna muger entrar en el recinto de los Monasterios; y que sean excomulgados el Abad y Prepósito que sea negligente sobre este punto.»

Aquí se ve que las mujeres entraban y salían en los Monasterios como Pedro por su casa. ¿A qué iban? A rezar no sería, por que en este caso no las hubieran echado. A sacar dinero á los frailes tampoco, porque se hubieran convencido pronto de que la misión del fraile en la tierra no es esa.

CONCILIO DE BRAGA, *Bracarense*, año de 572.

El 2.º «contiene que el Obispo en la Visita no reciba por su derecho honorario, llamado *catedrático*, mas que dos sueldos de oro; que no exija la tercera parte de las ofrendas, pues ésta se debe emplear en el Seminario, y en repararlo; y que no pueda pedir ninguna obra servil á los Clérigos de las Parroquias.»

Más bien que decir que iban de Visita, deberían haber dicho aquellos obispos que iban de *Recolección*. Hoy no necesitan hacer eso, porque el obispo que menos cobra mil aureos anuales por derechos de Visita, aunque no se meneen en treinta años de su palacio.

Lo de exigir obra servil á los clérigos, sería acaso porque les mandarían limpiar las guairopas de los soberbios ca allos en que iban, ó las vestiduras á ellos.

El 4.º «prohíbe á los Obispos el recibir en adelante la tercera parte de un sueldo que se había cobrado hasta entonces por el santo crisma, con pretexto del poco bálsamo que en él entra, para que no parezca que venden los Donés del Espíritu Santo.»

No podían alambicar ya más los obispos para agenciarse los ochavos que despreciaban. ¡Cobrar una cantidad por el santo crisma! Hizo bien el Concilio en arrancar de raíz la planta maldita sembrada por Judas. Vender el crisma y vender á Cristo, total igual.

El 6.º «dice que si alguno intenta fundar una Iglesia con la carga de partir las obaciones con los Clérigos, ningún Obispo la consagre, como que está fundada mas bien

por interes que por devoción. Este abuso reynaba en algunos parages.»

Hoy se hacen estos tratos y contratos, mas no para explotar iglesias, sino teatros profanos. El socio capitalista construye el edificio y lleva parte en los productos que recaban los socios industriales, esto es, cómicos. Los que ahora construyen iglesias, es con miras más usurarias que la de partir las ganancias industriales con los clérigos: aspiran á ganar la bienaventuranza eterna.

El 7.º «prohíbe á los Sacerdotes llevar nada por el bautismo, y únicamente les permite recibir lo que se les dé voluntariamente.»

El canon anterior trae esta nota:

«Este canon se estableció para remediar un abuso que reinaba entonces entre los sacerdotes, y cuyas resultas eran algunas veces la pérdida eterna de los niños que morían sin bautismo. Acaecía con demasiada frecuencia que algunos sacerdotes mercenarios diferían bautizar á los hijos de los pobres que no tenían nada que daries, ó rehusaban absolutamente conferir el bautismo á esta clase de niños.»

Cada día se aprende algo nuevo. Yo creía que la preferencia de los sacerdotes por los ricos, había nacido siglos después; ahora veo que nació con la Iglesia. Reconozco humildemente que estaba equivocado.

PRIMER CONCILIO DE MACON, *Ma-tisconense*, año de 581 á 582.

1.º «Los Obispos, Sacerdotes y Diáconos podrán vivir, en caso de necesidad, con su abuela, madre, sus hermanas y sus sobrinas; pero nunca con mugeres extrañas.»

Repito lo que he dicho ya. Permittedoles tener sobrinas, no necesitaban más para estar bien cuidados y atendidos. Pues no creo que las de entonces fueron menos cuidadosas, solícitas y carinosas que las de ahora.

2.º «Ningun Obispo ni Sacerdote, Diacono, Clérigo ó lego, vivirá en los Monasterios de Religiosas, ni las hablará en particular, si no es de una virtud ó de una edad que le ponga á cubierto de las malas sospechas.»

No sé desde qué edad dejaban en el siglo VI de ser peligrosos los miembros de Iglesia. No hubiera estorbado que el Concilio la fijase de cien años para arriba, por ejemplo. Hoy, por lo menos, hay presbíteros de tan extraordinarias facultades, que no parecería exagerada la fijación de esa edad.

3.º «Se prohíbe á los Obispos dexar entrar en sus quartos á ninguna

muger, como no sea en presencia de dos Sacerdotes ó de dos Diáconos.»

Se me ocurre que si por aquel entonces hubiese estado ya creada la Guardia civil, la pareja vigilante hubiera sido de este Cuerpo. ¡Eche usted precauciones! Y hay que fijarse bien en que no se les prohibía ver á esta mujer ó aquella mujer. A ninguna, absolutamente á ninguna. ¡Vaya unos obispos de empuje aquellos!

8.º «Se prohíbe á los Clérigos acusen á otro Clérigo delante de un tribunal secular, so pena de treinta y nueve azotes á los Clérigos de las órdenes menores, y de un mes de cárcel á los que están en las órdenes mayores.»

No hablaré de que la dignidad de un clérigo quedaba poco enaltecida después de administrarle esos azotes; pero séame permitido extrañarme de que fueran precisamente treinta y nueve. ¿Por qué no llegar á la cuarentena? Aquí debe haber algún misterio teológico que no está á mi alcance.

SEGUNDO CONCILIO DE MACON, año de 585.

El 15 «arregla del modo siguiente los honores que los legos debían hacer á los Eclesiásticos. «Quando un lego encuentra á un Clérigo de orden sacro, debe inclinarse de ante de él con una profunda reverencia. Si el Clérigo y el lego están á caballo, el lego le saludará humildemente descubriéndose la cabeza, pero si el Clérigo está á pie, y el lego á caballo, se apeará este para tributar los honores debidos al Clérigo a quien encuentra.»

Si este canon rigiese hoy, no habría manera de salir á la calle en las grandes poblaciones de España. No da un lego diez pasos sin tropezar con tres ó cuatro clérigos. Y sería cosa de partirse por el espinazo haciendo reverencias, de no llegar nunca, donde se fuere, y de no tener tiempo suficiente para apearse y volver a montar el que fuese á caballo.

CONCILIO DE AUXERRE, *Altissiodorensis*, año 585.

El 26 «impone al Abad que permita á una muger entrar en su Monasterio, la pena de reclusion por tres meses en otro Monasterio, para ayunar en él á pan y agua.»

Lei hace tiempo, cuando yo era joven, que á no sé cuál colonia penitenciaria se enviaban mujeres públicas para que se casaran con los presidiarios; que cuanto se veía la señal de que un buque llegaba con aquel cargamento, se llevaban al muelle los aspirantes á marido, y que eran de oír los alegres cuanto

(Continuará).

LOS JUDÍOS

POR

ROBERTO ROBERT

yente, respetuoso, con una sola mirada adivinaba donde tenía cualquier judío el bolsillo del dinero, y al entrar en sus casas no parece sino que por revelación de lo alto sabía donde estaba escondida el arca de los caudales.

En medio de todo esto, el espíritu del mal asistía según sus facultades á la raza judía, y ellos eran los únicos notables en las ciencias mundanas; y con objeto de que el pueblo católico no abandonase la contemplación de los sagrados misterios por las frivolidades de la medicina y la vana curiosidad de los secretos de la naturaleza, en 1412 la reina doña Catalina mandó que judíos y moros fueran á vivir lejos de los cristianos, y que se cercase su barrio con una buena tapia, con una sola puerta.

Además se les volvió á prohibir como otras veces el tener trato con los cristianos, tener tienda, ser albéitares, carniceros, calceteros, carpinteros, pellejeros, sastres, tundidores, zapateros, cambiantes, corredores, almojarifes, procuradores, mayordomos, vender aceite, arroz, miel y otras cosas, usar armas dentro del lugar poblado, ponerse *don* antes del nombre, ponerse toca de oro, gastar paño que valiera más de treinta maravedís la vara, irse á vivir á otro pueblo, y cortarse el cabello y las barbas.

Al propio tiempo se prohibía á toda mujer cristiana que entrase en aquel cercado, castigando á las infractoras con las penas siguientes.

La soltera perdía la ropa que llevase puesta, la casada pagaba multa de cien maravedís cada vez, y la pública recibía cien azotes y orden de destierro.

Por todos los medios se procuraba empobrecerles, aislarles, dejarles sin recursos; pero ellos eran tan esclavos de su obcecación, que ni por ley ni por fuerza querían convencerse de que el Mesías verdadero ya había pasado por la tierra.

Al poco tiempo en Valencia se les prohibió tener en cada población más de una sinagoga y esa con tal que antes no hubiera sido iglesia; se les prohibió el ser casamenteros, cirujanos, drogueros, médicos, tenderos y proveedores, comer en compañía de cristianos, bañarse con ellos, y á las judías ser comadronas y tener nodrizas cristianas.

Los Pontífices por un lado, los concilios por otro, por acá los reyes y por allá el devoto pueblo, iban poniendo á la raza de Israel en tal aprieto, que ya el demonio casi no tenía por donde cogerles.

¿Bastaba con esto para reducir á los judíos á la soledad, al ocio, á la miseria, y por ende al conocimiento de verdadero Dios?

Parece que sí; más aquellas sabias leyes, previsoras hasta lo sumo, dispusieron además de qué modo los cristianos, viejos y nuevos, habían de heredar á los judíos contumaces en sus errores.

Así, privándoles legal, ordenadamente y sin alborotos de todos sus bienes y recursos, el hambre les había de obligar á comer el cerdo, que por cierto no merecían, y la codicia misma había de contribuir á que aceptaran el catolicismo, con la esperanza quizá de ser obispos y cobrar en vez de pagar.

Algunos antiguos *Fueros* eran tan piadosos y mirados, que castigaban el trato íntimo entre los judíos y las cristianas, con aquella eficaz y mesurada discreción que así se aparta de la afeminada blandura como de la impía crueldad, de suerte que los delincuentes eran castigados: el hombre siendo arrojado de una peña abajo, y la mujer á las llamas.

Y merced á esas prudentes disposiciones, los sentimientos religiosos se conservaban tan puros y brillantes, que aun hoy no se les puede mirar sin deslumbrarse.

En Segovia cometieron sacrilegios; probóseles con todas las demostraciones que la ley exigía cuando se trataba de probar hechos imputados á judíos, y el piadoso y cristiano obispo de aquella diócesis, para dar buen ejemplo á la plebe, quiso castigar á los culpables de manera que ni quedase impune el agravio hecho á la Majestad Divina, ni la pena desdijera de la misericordia cristiana, en virtud de lo cual mandó que dichos judíos fuesen arrastrados primero, ahorcados en seguida y descuartizados después.

Sentencia que se cumplió al pie de la letra, porque en aquellos tiempos los fallos de la justicia... ¡Oh, entonces sí que imperaba triunfante la justicia!

A mediados del siglo xv resplandeció la fe de tal manera, que los señores de Castilla pidieron al rey que sin contemplación arrojará de sus Estados á los judíos.

En Castilla y en otras partes eran

los judíos cobradores de contribuciones y comisionados de apremios, como decimos hoy, cosa que no convenia á ningún cristiano, porque los de dichos oficios eran descalabrados alguna que otra vez por los contribuyentes.

Por cierto que en 1461 asesinaron é tos en Navarra al cobrador Gaón; y el rey y las justicias del pueblo, usando de piedad, no hicieron diligencia alguna para prender á los asesinos, que eran todos buenos cristianos.

Y viendo en Castilla y en Navarra que se mataba bonitamente á los judíos cobradores, sin tener que pagar siquiera los pocos maravedís en que estaba tasada la vida de un israelita en aquella época de justicia y economías, empezó el pueblo, apenas veía un cobrador, á correr tras él con piedras, palos y dagas, haciendo envidiable gala de su acierto en dar en el blanco y de su bizarria en voltear el garrote.

El judío que caía, muerto quedaba, y el que no, hacía el papel más ridículo corriendo desalado, con el obstáculo de su larga túnica, y hecho una caricatura, servía de solaz á los fieles.

Pero estas bromas sin consecuencias no bastaban á satisfacer el inmortal deseo que el pueblo tenía da convencer á Dios de lo enojado que estaba contra los que quince siglos antes le habían dado muerte en la persona de su Hijo.

El pueblo se aburría de pena y de fastidio. Apetito no le faltaba, pero le faltaba animación, buen humor: padecía, en fin, nostalgia de matanza.

Corría el año de 1468, cuando los judíos de Sepúlveda volvieron á cometer el horrendo crimen que después han repetido los franceses empleados en los ferro-carriles: robaron un niño cristiano.

Súpulo primero el obispo, varón justo y discreto, que se llamaba don Juan Arias de Avila; mandó prender á buen número de judíos, hizo los llevar á Segovia, y después de probarles su delito con aquella escrupulosidad con que entonces se procedía en los procesos, sobre todo en materia religiosa, ajustóse á la bella práctica de su tiempo: mandó quemar á algunos de los más culpados, y los de menor delito se libraron del fuego, sometiéndose á ser arrastrados un buen trecho.

En seguida se les ahorcó.

El pueblo, inocente como era en

tonces, pensaba que la "combustión y el arrastramiento y ahorcamiento de tantos judíos podía durar lo bastante para ir saboreando poco á poco los pormenores de la sentencia; pero se quedó ortodoxamente desilusionado y melancólico al ver con qué brevedad se quemaba, arrastraba y ahorcaba á docena y media de incrédulos.

Cuando los fieles imaginaban que se daba principio al castigo, se encontraron con que ya había terminado.

Era imposible hacerlo durar más: el obispo, á pesar de sus buenos deseos, no podía volver á quemar á los que ya eran ceniza, ni reahorcar á los ahorcados.

Mas ¿qué importa?

Las inspiraciones de la fe son inagotables: todos á una los vecinos de Sepúlveda que habían acudido á Segovia dieron la voz de ¡viva Jesús! y se lanzaron valerosamente á las casas de los judíos para demostrarles á puñaladas que Cristo estaba todo el año sentado á la derecha de Dios Padre.

Allí sí que fué el matar, el desca-
bezar, el perforar corazones, el degollar á chiquillos que siendo unos mocosuelos ya andaban por las sinagogas ó estaban preparándose para la incredulidad, colgados de los pechos de sus incrédulas madres.

Los bárbaros judíos, en vez de aprovechar aquella ocasión para demostrar teológicamente que Cristo no se halla hipostáticamente en la hostia, soltaban el Talmud y echaban á correr á otra tierra; pero á donde quiera que los veían llegar corriendo, pálidos, descompuestos, jadeando, conocían los cristianos que aquellos seres eran culpables, y á trancazos y pedradas acababan con ellos sin más información, porque decían, y decían muy bien: el hombre honrado se presenta sereno y tranquilo, y no huyendo y con la turbación y el pavor pintados en el semblante.

La inocencia no tiembla, no se turba, no huye... pero ¿á qué me canso? El católico lector habrá oído esto mil veces en las comedias,

Ello es que entonces hubo una época de verdadero renacimiento para el entusiasmo católico.

Toda la España creyente imitó la heroica religiosidad de los de Sepúlveda y Segovia: el punto estuvo en quién ofrecería al Señor más cabezas de judíos, y las grandes ciuda-

des y las cortas aldeas enrojecieron su suelo con sangre de infieles.

Entre las ciudades brillaban Sevilla y Córdoba; pero las demás de Andalucía no se habían hecho notables.

No tema empero el lector que esas ciudades fuesen menos ardientes en su celo; pues á los dos años mostraron bien á las claras que podían dar quince y falta á Barcelona, Burgos, Sevilla, Valencia y cuantas de católicas se preciaban.

Y lo que es en Andalucía, no sólo se alzaron contra los judíos, digámoslo así, cerdífobos, sino contra los que ya se habían bautizado y convertido.

A los católicos del Mediodía no les constaba si esos se habían convertido de buena ó de mala fe, y adoptaron la prudente máxima que dice: en la duda, abstente.

Y en efecto, se abstuvieron de dejar á ninguno vivo.

Por cierto que en Jaén se estaba procediendo con el más bello entusiasmo á aquella consuetudinaria matanza, y quiso oponerse á ello el mal aconsejado condestable Iranzu.

El buen pueblo, contrariado en la expansión de sus sentimientos religiosos, consideró que la autoridad que amparaba á los enemigos de Dios, como enemiga de Dios debía ser castigada, y puestos de acuerdo unos cuantos creyentes, entraron un día resueltamente en la iglesia donde el condestable estaba oyendo misa, y allí católicamente le dieron las más ortodoxas puñaladas que se dieron á condestable alguno en el mundo: y como Dios no salió en su ayuda, allí cayó muerto al pie de la letra y al pie del altar.

Y á poco tiempo ocurrió otra que tal en Segovia.

Era la fe religiosa tan viva en aquel tiempo de amor al prójimo, que no se concebía la existencia sin amenizarla con matanzas de enemigos de Dios.

Apenas un buen cristiano oía decir que en tal pueblo había habido degollina, no dormía ni descansaba, y enflaquecido por el desasosiego, iba de casa en casa preguntando evangélicamente:

—¿Y aquí cuándo degollamos?

¡Oh dichosa edad y siglos dichosos aquellos!

Pues en 1474 los segovianos quisieron hacer ver al orbe, que si en Andalucía eran numerosos y ardientes los buenos católicos, no lo eran menos ellos. Y un día...

Era en el florido Mayo, poco después de celebrar la fiesta de la cruz sacrosanta, cuando la naturaleza, ostentando sus magníficas galas, parece como que celebra y pregona la munificencia del Señor. Segovia entera se alzó en armas, y las casas de los judíos conversos, de aquellos judíos que habían abandonado la religión de sus padres, se vieron asaltadas, despojadas, abrasadas y teñidas en sangre vil por la muchedumbre cristiana.

Los judíos conversos empezaban á tener importancia so pretexto de que no sólo se habían hecho cristianos sino además sabios.

El pueblo católico rancio no podía sufrir que tuviesen dinero, saber y consideraciones los recién convertidos hijos de los hijos de los nietos de los nietos de los que habían crucificado á Jesús, y se arrojó á ellos con saña verdaderamente religiosa.

—¡No matarás! le decían á uno recordándole la muerte del Señor, y al propio tiempo de un hachazo en la cabeza le quitaban todos los malos pensamientos.

—¡Honra á tu padre y á tu madre! le gritaban á otro para que se acordase de que había abandonado la religión de sus mayores, y de un golpe de maza le libraban de remordimientos.

—¡No hurtarás! decían á otro que quizá se había enriquecido con la usura, y los cristianos allí presentes, después de acabar con su vida, le heredaban en todo lo portátil.

El alcaide Andrés de Cabrera, hombre poco sublime, no vió en aquellas escenas sino lo más pequeño, el accidente de las muertes y las informalidades de las traslaciones de dominio, y tuvo la funesta ocurrencia de oponerse á lo que el pueblo cristiano había comenzado con feliz éxito.

Sacó el alcaide á la calle sus soldados, soldados católicos, y los lanzó en armas contra los que, católicos también, procedían á la extinción de la lepra judía.

Católicos contra católicos se ensangrentaron, y durante largas horas fueron sembradas de cadáveres de bautizados las calles de Segovia.

Para los que gustan ver el dedo de la Providencia en ciertos sucesos, anotaremos que en aquel mismo año de 1474, las ciudades y pueblos de Sicilia dieron también elocuentes

(Continuará)

IMPRENTA ARTISTICA DE SAEZ, HERMANOS, MONSERRAT, 7.—MADRID